



A0120

**04/12/1996 PRESENTACIÓN DEL LIBRO *VISIONES DE EUROPA*, EDITADO POR LA FUNDACION BBV**

**DISCURSO DEL PRESIDENTE DEL GOBIERNO, JOSÉ MARÍA AZNAR**

Madrid, 04-12-96

Presidente, Presidente de la Fundación, queridas amigas y amigos.

Mis primeras palabras quiero que sean de gratitud, de reconocimiento y de felicitación. Gratitud por haberme invitado a participar en esta presentación del libro y a intervenir en esta reunión, gratitud también por haberme invitado a participar en la elaboración del libro. Sin duda, reconocimiento porque yo estoy de acuerdo con lo que se ha dicho de que la obra y el libro que hoy se presenta recogen una serie de originalidades importantes; originalidades, como se ha explicado, en el buen sentido de la palabra pero que, sin duda, suponen y reflejan en este texto algo más, digamos, que visiones, opiniones o simples entrevistas, con ensayos de especialistas. Creo que tiene una trascendencia para la integración europea y para la reflexión de todos verdaderamente importante.

Y también felicitación a la Fundación BBV por este esfuerzo que ha hecho y, sin duda, por reflexionar sobre una de las grandes cuestiones, en este momento, que nos debe llevar a un motivo de debate, de reflexión y de aportación de iniciativas, ideas para todos.

Yo desearía que las grandes cuestiones se debatiesen no sólo aquí, en esta Fundación, que hace mucho y bien, sino que hubiese más foros parecidos a esta Fundación que se pudiesen dedicar también al estudio de estos temas.

En todo caso, me alegro mucho de que, sea por la vía que sea --y, en este caso, me parece que se ha utilizado la palabra del método transversal--, la segunda fase de la obra, de las visiones de Europa, se pueda poner en marcha y sea también para bien, y sin duda le acompañe, al menos, tanto éxito como la primera.

La primera, que si no creo haber entendido mal, ha estado sometida a un guión, al cual a mi me gustaría someterme, que me parece que se ha llamado el del "ajuste interactivo progresivo", del cual hemos visto un ejemplo esta misma tarde, y por el cual yo les felicito a los participantes. Ahora me referiré un poco a lo que han dicho ellos.

En esta intervención yo también me quiero aplicar un ajuste, lo cual no es nada extraño en los tiempos que vivimos, que no sé si será interactivo pero que espero que sea progresivo en el tiempo también, debido a que lo dispongo poco.

Yo les quiero decir que en lo que yo hoy pienso reflexionar con ustedes un poco en alta voz, desde una perspectiva española, desde una perspectiva ciertamente española, porque lo escrito y lo dicho, dicho está ya en el libro de "Visiones de Europa" y no consiste en volver sobre ello. Sin duda, ahora todos sabemos que los calendarios internacionales son muy cargados y hay múltiples oportunidades de hablar sobre todas estas cuestiones. Yo vengo de hacerlas con intensidad y pasar distintos días intensos en distintas reuniones internacionales; pero, sin duda, es muy importante el momento que vivimos y es muy importante por eso la reflexión.

Y hablo de la reflexión en todos los sentidos, pensando que, al final, lo que importa fundamentalmente en este proceso, en mi opinión, es la voluntad política de las naciones que forman la Unión Europea y la voluntad política de los dirigentes de esas naciones y la búsqueda del mayor consenso posible en cada nación, en cada Estado, para dar un impulso al proceso. Porque, sobre todo, las otras cuestiones son cuestiones que alguno de ustedes ha mencionado y tratado con una síntesis verdaderamente admirable, y que echamos de manos los que tenemos que muchas veces participar o escuchar discursos larguísimos e interminables, incluso en el ámbito parlamentario.

Pero quiero decirles que todas esas cuestiones son muy importantes, pero no son, en mi opinión, motivadoras, en gran medida, de esa voluntad política. Y yo creo que así ha sido la historia de Europa, y podemos hablar mucho sobre la flexibilidad de tener muchas interpretaciones o distintas interpretaciones a la mía, y es verdad; y ustedes deben hablar y nosotros también debemos hablar. Podemos hablar sobre las decisiones, cómo se toman de una manera o de otra, o cómo encaminar la Conferencia Intergubernamental, o las teorías del déficit democrático en el marco europeo, en las cuales yo sinceramente no creo. Yo creo que es uno de los discursos al uso por las vías europeas, que me parece que no tiene nada que ver con la realidad.

Probablemente, en algunas instituciones europeas haya dificultades, algunas dificultades de funcionamiento; pero déficit democrático, en el sentido de que la Unión Europea está hecha de espaldas a lo que significa la voluntad de las naciones que integran la Unión Europea, yo creo que es una afirmación que no es mantenible, y yo, desde luego, sinceramente, no la comparto ni comparto algunas de las conclusiones que se derivan de ese supuesto déficit democrático que, en mi opinión, es inexistente.

Sobre todo eso hay que reflexionar, y en los próximos meses tendremos muchas oportunidades de establecer no solamente diálogos políticos, sino decisiones importantes sobre todo ello. Hay que tener, por otra parte, el cuidado de no abrumar a la opinión.

Esta mañana, hablando también con algunas personas que tienen sus responsabilidades en el ámbito europeo, en el mundo económico, me decían que había que establecer un debate público sobre cómo se toman las decisiones, si por mayoría cualificada o por unanimidad. Yo les dije: yo les recomiendo que no lo hagan, porque no creo que eso sea un elemento motor, precisamente, de lo que debe ser la opinión pública europea o la opinión pública de las naciones en este momento.

Será un debate en el cual los dirigentes políticos, los especialistas, los estudiosos, tendrán que pronunciarse. Pero intentar que una nación, que la opinión pública de un

país, mayoritariamente participe activamente o entendiendo con entusiasmo en ese debate a mí me parece, sinceramente --lo diré entre comillas para no pensar que me estoy excediendo--, un ejercicio de crueldad innecesario con las opiniones públicas europeas que, sin duda, hoy están concentradas en problemas que les afectan mucho más intensamente que ese tipo de cuestiones.

Lo que sí que es cierto es que, en muy poco tiempo, en la aceleración que ha sufrido la construcción europea, muy claramente a partir de 1989, vamos a estrenar y vamos a tener que estrenar un Tratado de la Unión Europea. Vamos a tener que abordar una reforma institucional en profundidad; reforma institucional para el funcionamiento de la Unión que es ya necesaria sin ampliación y que será absolutamente inevitable con la ampliación y con la perspectiva de la ampliación, que ya veremos, que es otro debate, cómo se hace y en qué circunstancias se hace y a qué número de países afecta.

Tenemos que poner en marcha una nueva arquitectura de seguridad y de defensa. Tenemos que tomar las decisiones sobre la ampliación y la reforma de la Alianza Atlántica. Tenemos que poner en marcha la Identidad Europea de Seguridad y Defensa... Es decir, existe, digamos, no solamente un calendario, sino un abanico de decisiones a tomar verdaderamente espectaculares que, sin duda, dibujan lo que debe ser el marco político, económico, un marco de convivencia, pero un marco institucional, político y las reglas del juego económico, de bastantes decenios para la Europa del siglo XXI.

Naturalmente, ahí es donde todas las naciones, todos los países, debemos reflexionar sobre el papel que cada uno de nuestros países, de nuestras naciones, debe tener en esa Europa y en los problemas que hay que abordar y en los retos que tenemos que resolver de cara al futuro.

Yo creo en la Europa posible, que creo que es la Europa fundada en el equilibrio de los Estados miembros de Europa. Yo creo que no es posible otra Europa. Una Europa que se intentase construir rompiendo los equilibrios no sería Europa, sería otra cosa; pero no sería aquello que comúnmente, en un consenso general, en este momento entendemos como Europa.

Desde luego, yo les quiero decir que España, como gran nación europea que es, con una historia que ha marcado en gran medida la historia del Viejo Continente, con un presente que yo creo que es un presente sin duda esperanzador, estoy decidido a que aporte todo lo que debe aportar en términos históricos, en términos de presente y de futuro a ese proceso de integración.

No hay que olvidar que, para los españoles, la idea europea siempre ha sido motor de unión, ha sido motor de consenso. Lo tiene que seguir siendo, es bueno que lo siga siendo. Más aún, es un ideal de modernización y de reforma indispensable para afrontar muchas de las políticas que necesita el país y, más aún, lo cual es muy importante, fue uno de los elementos motores del restablecimiento democrático en nuestro país, el cual se asociaba claramente a la idea de homologación europea, es decir, de normalización histórica de España a la cual, con brevedad, me referiré a continuación.

Porque yo creo --en gran medida, el Presidente del Banco Bilbao Vizcaya, Emilio Ybarra, se ha referido a ello-- y yo me alegro mucho de que, sin necesidad de ir muy

hacia atrás en nuestra historia, quitándonos simplemente la vista hace cien años --yo lo decía y luego he tenido ocasión de repetirlo en algunas ocasiones en los últimos días--, nosotros nos tenemos que plantear el futuro y el proyecto de nuestro país, estando a cuatro años escasos del siglo XXI, sabiendo que en este momento se van, como digo, a establecer las reglas del juego político y económico de Europa.

Es para mí un hecho muy claro, y sin duda muy optimista, que, así como España entró en el siglo XX con una crisis verdaderamente espectacular (un país sin proyecto, un país sin horizontes, un país extraordinariamente debilitado y un país en un estado de prostración y sin pulso histórico), hoy la situación es bien distinta.

Entonces, entrar en el siglo XX en esa situación, entrar sin pulso y sin horizonte en el siglo XX, condujo a un horizonte de efectos muy negativos que se prolongaron durante muchas decenas de años y que, en algunos casos, tuvieron en la historia española un componente trágico, el peor componente que pueda haber en la historia de un país.

Hay que recordar que, cuando, después de la Segunda Guerra Mundial, comienzan a vertebrarse las grandes instituciones europeas, España no puede participar en ellas. Yo recordaba en alguna reciente entrevista que, cuando yo era chico, es decir, más chico de lo que soy ahora, yo veía por televisión las reuniones de los dirigentes europeos que entonces formaban la Comunidad Económica Europea, y yo preguntaba: ¿y nosotros por qué no estamos ahí? Es evidente que ni se daban las circunstancias políticas ni las circunstancias económicas para que España estuviese ahí.

No pudimos participar en la fundación y puesta en marcha de la Comunidad Europea. No pudimos participar en la puesta en marcha de la Alianza Atlántica. Sin duda, constituíamos una excepción en lo que era el transcurso histórico normal de Europa.

El dato optimista es que, después de dos décadas no solamente del comienzo de nuestra transición democrática, sino de consolidación democrática, por primera vez tenemos la oportunidad de dejar de ser una excepción y, por lo tanto, podemos también por primera vez participar desde el primer momento en ese diseño de la Europa política y económica del futuro.

Es decir, tenemos la ocasión de afrontar en las próximas décadas, los españoles, desde un marco político estable, integrados en una economía europea, intentando y buscando formar parte de las naciones más desarrolladas de Europa, y, a diferencia de lo que ocurría hace cien años, podemos entrar en el siglo XXI con un proyecto nacional que nos una, que busque el común de voluntades de los españoles y que, naturalmente, haga que nuestro país sea un ejemplo de horizonte bien diseñado en busca de sus objetivos ante el futuro inmediato.

Yo les quiero decir que mi convicción muy clara es que España reúne hoy las condiciones políticas y económicas que nos han faltado en otros momentos de nuestra historia. Mi convicción es que España está en buen momento, mi convicción es que España está en un ciclo histórico ascendente; se manifiesta como un país fuerte y como un país ambicioso, y así quiere y debe seguir siendo en el futuro. Por lo menos, así es mi deseo y así es mi convicción.

Participo de la idea de que, delante de nosotros, más que muchos problemas, que los tenemos, sobre todo tenemos una gran oportunidad. La obligación del país, la obligación de los españoles, la obligación en cuanto a la vocación histórica de España y, por supuesto, también la obligación del Gobierno y de las instituciones de la sociedad española es aprovechar esa oportunidad. No la hemos tenido en otros momentos de nuestra historia; la tenemos ahora. Se tardará mucho tiempo en plantear una oportunidad parecida a la que se va a plantear en las circunstancias actuales y, desde luego, debemos aprovecharla. Debemos aprovecharla con decisión, manifestando toda nuestra capacidad al máximo, uniendo las voluntades de los ciudadanos y haciendo de eso uno de los proyectos más importantes de futuro para nuestro país en el marco europeo.

Sabemos bien que para tener esa capacidad de influencia en la toma de decisiones, por ejemplo, en algo importante, que hoy es elemento de debate y que verán ustedes como en la próxima semana sigue siendo uno de los elementos de debate importantes, como son las políticas económicas y, en particular, la Unión Monetaria, España tiene que mostrarse, como yo creo que ya se muestra, como un socio fiable, dispuesto, desde una economía abierta, competitiva, ágil, moderna, a participar activamente en ese proceso.

La decisión española, la decisión del Gobierno español, apoyado por un amplio consenso político y social, es, desde luego, que España va a estar y tiene que estar en ese proceso desde el comienzo.

Quiero decirles que para el Gobierno que yo presido ésa es una decisión irreversible. No es una decisión sujeta a consideración y, por lo tanto, todos los pasos que da el Gobierno van dirigidos a cumplir ese objetivo que consideramos esencial para afrontar el futuro de nuestro país.

Sabemos bien que eso, naturalmente, exige no solamente llegar en la fecha indicada, no solamente cumplir unos criterios que son importantes, además de tomar luego, posteriormente, la decisión política, sino exige mantenerse en unas condiciones razonables para el futuro de nuestro país, útiles para nuestro país y útiles para el conjunto europeo. Eso va a exigir mucho cambio de mentalidades y de actitudes en culturas --llamémoslas así en sentido amplio-- de carácter económico, de carácter presupuestario, de comportamiento de agentes económicos, de comportamiento de agentes sociales, de un modo absolutamente inevitable. Creánme si les digo que los que no lo ven así --y yo sé que hay gente que no lo ve así-- creo sinceramente que se equivocan.

Va a exigir ese cambio, como exige un proceso de reformas importantes, de reformas de contenido estructural importantes, sin las cuales el esfuerzo que tendrán que hacer los países, y el nuestro, sería proporcionalmente mucho mayor al que lógicamente les debería corresponder.

En definitiva, eso al final se tiene que traducir, si hablamos en el marco de la Unión Monetaria, en una política económica concreta que vaya a un modelo de crecimiento sin desequilibrios macroeconómicos, con sectores públicos reducidos, más pendiente de ser regulador de servicios que ser proveedor, con un sistema privado competitivo, adaptando nuestro modelo social a nuestro modelo laboral, a las condiciones de competencia... Es decir, buscando equilibrios económicos que nos permitan aportar nuestra capacidad y nuestra fortaleza a la decisión de la creación de la Unión Económica y Monetaria y, por lo tanto, formar parte de un espacio económico, y a su vez político, de bajos tipos de interés, de baja inflación, de consolidación presupuestaria

y, evidentemente, de posibilidad de crecimiento económico sano, no sujeto a la alteración de políticas que yo creo que son políticas indeseables desde el punto de vista de unas finanzas públicas saneadas y desde el punto de vista de las necesidades competitivas y sociales de todos los países y, en este caso, claramente también de España.

Si esto es así desde el punto de vista de la Unión Monetaria, yo sé también que uno de los problemas que se plantean en este momento es cierta dificultad a la hora de la toma de decisiones por el debilitamiento, cierto debilitamiento, de la concepción tradicional de lo que es un Estado nacional en la Europa de hoy.

Yo les quiero decir que no comparto ese planteamiento. Yo creo que la fortaleza de los Estados miembros, la fortaleza de las naciones que forman Europa, es básica para el fortalecimiento de la Unión Europea. No es pensable una construcción, una arquitectura, europea eliminando, marginando, lo que es esa representación nacional de sus naciones sino, por el contrario, yo creo que una debilidad de los Estados nacionales, una debilidad de los conceptos nacionales, sería perjudicial para la Unión Europea.

Yo creo que sobre esa base es sobre lo que hay que aportar, naturalmente, un principio activo y constructivo, desde el punto de vista de reflexión política también, en la idea europea, cuya integración y cuyo desarrollo no sólo comparto, no solamente he compartido siempre, sino que, en este caso, desde mis responsabilidades de Gobierno, impulso muy claramente. Que, naturalmente, nos sirva para superar concepciones estatistas indeseables, proteccionistas inconvenientes o de nacionalismos exacerbados en los Estados miembros que, sin duda, nos podrían hacer caer en errores del pasado, contrarios a lo que es hoy una voluntad, yo creo que mayoritaria, en el ámbito europeo.

Por lo tanto, ése es el posicionamiento de España: situarnos en el centro de los asuntos europeos, con la capacidad de decisión que le corresponde a nuestra nación, a su capacidad actual, a su trayectoria histórica, y aprovechando la gran oportunidad que tenemos, en este momento, de consolidar esa evolución, ese esfuerzo enorme de modernización muy positiva que ha tenido España hacia el futuro. No tengo la menor duda de las capacidades de España para conseguir esos objetivos.

También, desde aquí, me gustaría pedir la colaboración de todos en esa tarea porque no es una tarea, como digo, ni gubernamental, ni mucho menos partidaria, ni tampoco individual. Yo creo que es una tarea de reflexión nacional, de participación activa nacional y de conseguir uno de los grandes objetivos que ha motivado uno de los momentos históricos más brillantes de la historia española, y que, desde luego, tenemos la oportunidad de culminar entre las naciones más grandes de Europa, formando parte de ese núcleo. Ya se discutirá y ya se verá si es un núcleo más o menos duro, más o menos flexible; lo que importa es que sea, sobre todo, motor de una Europa posible desde el punto de vista de la seguridad, desde el punto de vista económico y desde el punto de vista político.

Por lo tanto, yo espero que estos mensajes vayan siendo cada vez más apreciados desde el punto de vista de lo que significa la participación de los ciudadanos, de la opinión pública y de las distintas naciones en el proceso de construcción europea.

Felicito de nuevo a la Fundación BBV y deseo que la segunda fase del proyecto tenga tanto éxito como la primera. Si yo puedo contribuir a ello, cuenten conmigo para esa segunda fase; bien en la vía transversal, bien en el ajuste interactivo progresivo, pero cuenten conmigo, que estaré muy gustoso de participar.

Muchas gracias.